

Abrir puertas: doscientos años del doctor Manuelito

Humberto Barrera Orrego

Hay imágenes que se fijan en la imaginación colectiva y con el paso del tiempo se convierten en arquetipos. La rubia Marilyn con los ojos entornados y los labios pintados de un rojo de laca entreabiertos en voluptuosa invitación. El Che con el lucero de Venus en su eterna boina, de la que brota la melena de poeta en tiempos en que el pelo se llevaba recortado con rigor de cirujano. Más cerca de nosotros, Epifanio Mejía en el umbral de su celda de Bermejil con la mirada absorta en lo insondable. A esta categoría de imágenes icónicas pertenece la fotografía de Melitón Rodríguez en la que el doctor Uribe Ángel se sienta en una silla de labrado respaldo con su hermosa cabellera y su barba nevada, las ojeras fatigadas, y entre las manos las gafas, como si acabara de quitárselas para no ver el horror de un país que se desangra en guerras absurdas, o a punto de ponérselas para llenarse de asombro ante los abrumadores paisajes de su terruño.

Manuel María, uno de los once hijos del matrimonio de José María Uribe y María Josefa Ángel, vio la luz en la finca familiar de La Magnolia el miércoles 4 de septiembre de 1822. En aquel entonces, su Envigado natal era un pueblo blanco perdido entre bosques poco a poco talados para abastecer la demanda de vigas para las construcciones del valle del Aburrá, y de extensos yucales donde pululaban conejos perseguidos por cazadores impenitentes: uno de los más entusiastas era el jurisconsulto José Félix de Restrepo. Manuel contaba catorce años cuando sus padres lo mandaron a estudiar



Manuel Uribe Ángel. José Gabriel Tatis Ahumada. Óleo sobre laminilla de marfil. 9 x 7 cm. 1844. Exposición Permanente de la Colección de Arte, Rupturas y continuidades. Banco de la República.

en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, a tres cuadras al norte del altozano de la catedral de Bogotá. Sin duda, el adolescente aspirante a médico no supo entonces que al frente de la portería del Colegio había vivido durante sus últimos años el general José María Córdova, ya que, salvo error u omisión, no lo menciona en sus narraciones, pero es evidente que sintió gran admiración por su paisano.

Una de las cosas que más agradaron al joven antioqueño fueron las fiestas del 7 de octubre en que se celebraba a la Patrona del Colegio Mayor, cuya imagen, a la que todavía hoy apodan cariñosamente la Bordadi-

ta, había sido labrada por las mismísimas manos de la reina Isabel de Borbón, primera esposa del rey Felipe IV de España. Sin embargo, el uniforme de colegial no le hacía mucha gracia: “Me sentía disfrazado mitad fraile, mitad clérigo, con ese bonete negro con dos borlas, chaqueta, pantalón, medias y zapatos negros, y esa franja blanca —la beca— cruzada en el pecho con el escudo de armas del colegio prendido al lado izquierdo”. Sus eternos rivales, los colegiales de San Bartolomé, por el color de la beca los apodaban “piojos”, y los rosaristas, a su vez, llamaban a aquellos “chorizos” por una borla que pendía de su beca, de color rojo, y a menudo se iban a las manos, para escándalo de beatas y transeúntes, en plena calle Real, la más concurrida de la capital.

El joven Manuel conoció en carne y hueso a muchas figuras notables de la época, entre ellos al presidente Santander, a Alejandro Vélez y Florentino González, y después aprovechó ese acervo para aderezar sus crónicas. Tenía un talento natural para la narración y dejó consignadas muchas tradiciones, costumbres, acontecimientos y personajes del siglo XIX, un período tan complejo de luchas entre liberales y conservadores y a la vez rico en emprendimientos para edificar y modernizar un país lastrado por taras que se remontaban hasta muy atrás en el tiempo, y al que la metrópoli había considerado tan solo un abastecedor de materias primas. Para apoderarse de tan rico botín y con el pretexto de patrocinar su independencia política le cayeron encima como buitres las grandes potencias de allende y aquende el Atlántico. Tarea urgente era la de hacer inventario de los bienes naturales y culturales para enfrentar los desafíos del mercado internacional y construir una identidad nacional en medio de la zozobra permanente de las guerras regionales.

Una vez concluidos sus estudios profesionales, el joven médico emprendió viajes a Ecuador y Perú y más tarde a Estados Unidos, México y las Antillas. Durante los dos años que residió en la capital de Francia profundizó sus estudios de medicina y estuvo en contacto con el hervidero cultural europeo, sus bibliotecas, sus museos, sus animadas tertulias. Ardía de impaciencia por aplicar en su tierra los conocimientos recién adquiridos, una tierra tan rica que parecía un retazo del jardín del edén, pero a la vez un mero bosquejo donde todo estaba por hacer.

Dueño de una curiosidad sin orillas, se embebía profundamente, no solo en la profesión médica, que lo facultaba para sanar las dolencias del cuerpo y el alma, sino en la geografía, la historia local, la narrativa y el ejercicio de la docencia. Corría el año de 1854 cuando se casó con Magdalena, hija del coronel y gobernador de Antioquia Gregorio María Urreta, que en 1826 había trasladado de la ciudad de Antioquia a Medellín la capital de la provincia. La pareja no tuvo descendencia, así que cuidaron, como si fueran propios, de los hijos de Susana Urreta, hermana de Magdalena y viuda del ingeniero inglés Charles Johnson: Luis Gregorio, Emilio y Arturo. En sus últimos años, Luis Gregorio le serviría de amanuense.

Su casa, de estilo europeo, de tres plantas y desván adornado de ventanas de gablete, situada a mitad de camino entre la catedral de la Candelaria y “esa fracción decimal de puente” de la calle de Palacé, como lo definió él mismo con fino gracejo, era mitad biblioteca, mitad gabinete de curiosidades, donde el doctor Manuelito, como lo llamaba cariñosamente la gente, guardaba toda suerte de objetos que había recolectado durante sus frecuentes andanzas, y en

la primera planta se abría un local donde funcionaban el consultorio y la botica. Los cacharros de barro encontrados en guacas, las muestras de minerales, los cráneos de varias especies de animales, las lanzas y flechas indígenas, algunos retratos al óleo y objetos que pertenecieron a próceres de la Independencia, fueron el germen de lo que por allá en 1881 sería el Museo y Biblioteca de Zea, hoy Museo de Antioquia. Posteriormente, algunas pertenencias de Córdova pasaron al museo de su nombre en el municipio de El Santuario.

De los once objetos de Córdova enumerados en el *Primer directorio general de la ciudad de Medellín para el año de 1906*, como parte del inventario del Museo y Biblioteca de Zea, tan solo sobreviven tres en El Santuario, dos de ellos apócrifos: el supuesto granero sobre el cual murió Córdova y una chaqueta roja que dizque llevaba en Ayacucho y que más bien parece el atuendo de un pigmeo de circo barato. Hoy sabemos con certeza que la levita (no chaqueta) que vestía Córdova en la ladera del Condorcunca era de color azul, y que su vida no tocó a su fin sobre un granero. El tercer objeto, el sombrero del prócer, recibió hace pocos años una *restauración* semejante a la del Ecce Homo de Borja. El museo de El Santuario también guarda un retrato de doña Pascuala Muñoz de Córdova ejecutado por Antonio Meucci, el verdadero inventor del teléfono, a quien los estadounidenses le birlaron sin rubor alguno la patente. Después harían lo mismo con los descubrimientos de Nikola Tesla.

Llevado del deseo de transformar su entorno, Uribe Ángel se atrevió a participar en diversos encargos y cargos públicos que absorbían el tiempo precioso que deseaba invertir en obras menos etéreas y más perdurables. Es célebre la receta que formuló



Museo de Zea. José Restrepo Rivera. Acuarela. Sin más datos. Tomada de "El museo y biblioteca de Zea" de Aníbal Vallejo Rendón, Periódico El Mundo, 13 de septiembre de 2014.

“Para Colombia, atacada de grandes enfermedades y amenazas”:

Caridad ampliamente practicada para evitar el consumismo que la invade; tolerancia para conseguir la paz; benevolencia para mitigar sus pasiones delirantes; unción contra la anarquía; instrucción para procurarse hombres; educación para formar pueblo; trabajo para enriquecerse y libertad racional para ser inmensamente grande.

Durante años se dedicó a escribir un tratado de geografía e historia de Antioquia.

El libro estará dedicado a la juventud colombiana como manifestación última de mi constante amor a esa parte distinguida de nuestra nación y para abrir una puerta para nuevos estudios sobre un país tan poco conocido y tan mal estudiado. Tal vez sabiendo lo que

fuiamos y lo que somos, podremos vaticinar lo que seremos; quizás conociendo de dónde venimos, sabremos para dónde vamos.

Invirtió todos sus ahorros en la publicación, cuyas planchas fueron elaboradas en Berlín. Quería imprimirla en Madrid, pero la ciudad del oso y el madroño, sitiada por el cólera, guardaba rigurosa cuarentena, así que tuvo que llevarla a París. Es una obra sorprendente por la vasta información que proporciona sobre todos y cada uno de los rincones del Estado de Antioquia, con breves reseñas de su historia y riquezas naturales. Hizo inventario de más de trescientas cincuenta variedades de plantas, casi doscientas noventa especies animales y más de setenta aplicaciones prácticas de algunos minerales. Una lámina muestra un exquisito poporo de oro encontrado en una sepultura indígena en Pajarito, entre los municipios de Yarumal y Angostura, el cual, según se dice, fue la pieza que dio origen al Museo del Oro del Banco de la República. Este libro, sobre todo la parte que versa sobre los habitantes prehispánicos de Antioquia, sirvió de texto a los maestros de escuela para sus clases de ciencias sociales hasta mucho después de la mitad del siglo xx. En 1983, aduciendo pretextos baladíes, se suprimió la enseñanza de la historia patria en los colegios oficiales del país, y pese a las voces que reclaman su reposición, hasta el sol de hoy el gobierno se ha hecho el tonto.

Escribió asimismo varias narraciones apoyadas en archivos coloniales, en relatos de la tradición oral y en sus propias observaciones de la vida rural y urbana. En su cuento “Cosas de antaño” se atrevió a divulgar que el primer homicidio de la villa de Medellín lo cometió en 1702 el cura Juan Sánchez de Vargas. Apegados rigurosamente a los hechos históricos, sus cuentos son una fuente insoslayable para quien as-

pire a conocer aspectos de Antioquia en el siglo xix que no figuran en la historia oficial.

Pretender abarcar en este breve espacio una vida tan dinámica y rica sería tarea descabellada. Habría que montar una exposición de gran formato sobre su vida y su obra para que recorra todas las casas de la cultura del departamento y publicar antologías para jóvenes de sus narraciones históricas, que son un dechado del buen decir y un registro de lo que fuimos y que marcó, para bien o para mal, nuestra idiosincrasia regional. Uribe Ángel fue promotor y espectador de los cambios que se produjeron en un mundo convulsionado y en un país en busca de su lugar en el mundo. A doscientos años de su nacimiento, sus acciones claman una vindicación justiciera.

En julio de 1887 fue fundador y primer presidente de la Academia de Medicina de Medellín, en cuyo órgano, *Anales*, publicó sesudas notas biográficas de sus colegas. En sus últimos años hubo de presenciar la llegada a la ciudad de pestes casi apocalípticas y de la guerra de los Mil Días, que convirtió en cuarteles la sede de la Universidad y la del Museo y la Biblioteca de Zea, dejándolas en un estado muy parecido a la ruina. Su precaria carcasa no resistió aquella incursión de la barbarie y su salud se vino abajo sin remedio. A medida que mermaba su vista, un cáncer feroz invadía sus entrañas. Ya estaba completamente ciego cuando el jueves 3 de diciembre de 1903 tuvo lugar en su morada de Palacé la primera reunión de la Academia Antioqueña de Historia, cuyos prestigiosos miembros, todos amigos o discípulos suyos, rodearon su lecho de doliente y lo eligieron su presidente. Un homenaje más que merecido al hombre que entregó sus mejores años y toda su fortuna al único fin de educar para cultivar la salud del cuerpo y las facultades



Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia. Manuel Uribe Ángel. Primera edición. Imprenta de Victor Goupy y Jourdan. París. 1885.

del espíritu, agradecer los dones de la naturaleza y conocer nuestra trayectoria pretérita para encarar con la frente en alto el porvenir. Seis meses después, el jueves 16 de junio de 1904, exhaló el último aliento. Dicen las crónicas que a sus exequias concurrió una multitud delirante y acongojada que desbordó la capacidad de la iglesia catedral y colmó el parque de Berrío y las calles adyacentes.

Sus huesos reposan en el cementerio de San Pedro, en un sobrio mausoleo agrietado y decorado tan solo con su nombre y un escueto mapa de la Antioquia de sus desvelos.

Post Scriptum: mi gratitud a Pilar Lozano y su libro *Manuel Uribe Ángel. El médico y geógrafo que amo a su país* publicado por Colciencias, y al casi indigente artículo de Wikipedia.

Humberto Barrera Orrego es Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Ha publicado, además de múltiples ensayos y artículos, los libros *José María Córdova: entre la historia y la fábula*, *La leyenda negra de José María Córdova*, *F. A. Cano, de Yarumal a París*, *Estampas yarumaleñas* y *Confesión de un viejo faccioso arrepentido*, de Marcelo Tenorio.